

El mundo al revés. Un acercamiento a la España del siglo XVII (*autobiografías de soldados*)

Margarita Palacios Sierra

“Donde la Iglesia,
da a la fe segura silla,
donde la nobleza habita,
donde el valor tiene escuela”.

España se creyó el pueblo elegido por Dios, llamado para ser brazo y espada suyo como fue el pueblo de los judíos. Bajo el signo imperial religioso de Carlos V, España emprende la conquista del mundo y del trasmundo.

Dos fueron los hechos que determinaron este vínculo histórico cristiano: la lucha contra el protestantismo y la evangelización de América. Volcada toda la nación en estas dos misiones, consumida toda la potencia española en estas dos actividades, la reacción natural de la conciencia nacional fue poseerse de su papel, darse cuenta de su cometido, ejercer, conscientemente, el vicariato de Dios en el mundo.

España se sintió llamada al cumplimiento de un destino: la Cruzada imperial con fines espirituales. Fue un verdadero imperio, entendiendo por tal, con independencia de la extensión del territorio o los atributos simbólicos de la potestad, el hecho de dejar sentir el poder del propio pensamiento en el pensamiento de otro, de penetrar y conquistar el alma ajena, de proyectar fuera de sí mismo su personalidad y verla reflejada en la personalidad de los demás, de imprimir a la historia pensamientos y giros de acuerdo con su propio genio. Calderón (*Aurora en Copacabana*, Keil, ii, p. 446 a.) como los escritores de la época, alaba esta política antiherética diciendo.

“Que más declaradas señas,
Pues es la propagación
De la fe causa primera,
Que una cruz en estos montes
Pues nadie habrá que la vea
Que no diga aquí llegaron
españoles: que ésta es nuestra
del echo que los anima
y de la fe que los alienta”

Así se formó lo que podríamos llamar el complejo mesiánico de la España de los Siglos de Oro. En él no cabían los tonos medios de la existencia. El hombre se consumía en el placer hasta llagarse. Esta España, dividida entre el misticismo y la corrupción, arrastrará, necesariamente, una estela de desengaño colectivo.

Lo extraordinario se había vuelto cotidiano. El engaño se había derrumbado. El desengaño se apodera del más allá. Las autobiografías de soldados advierten este cambio transitando con desaliento del heroísmo a la miseria, a través de textos compactos y densos. Alonso de Contreras, Diego Duque de Estrada, Mateo Alemán, Miguel de Castro, El Estebanillo González, todos son héroes oscuros navegando en documentos históricos. Son el nacimiento del barroco. Son la caricatura del pasado, seres ínfimos que pregonan ser la palabra divina. El texto sobrio de Mateo Alemán que habla de los españoles a los que "poco les basta para entretener y sufrir mucho trabajo" (Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*, Ed. Rivadeneyra, II, p. 258 b.) se desvanece en el texto de Quevedo que, desengañado, escribe "Honrados eran los españoles cuando podían decir deshonestos y borrachos a los extranjeros; mas andan diciendo aquí malas lenguas que ya en España ni el vino se queja de mal bebido ni los hombres mueren de sed. En mi tiempo, no sabía el vino por donde subía a las cabezas, y ahora parece que se sube hacia arriba" (Quevedo, *Visita de los chistes*, Clásicos Castellanos, XXXI, p. 239).

Este nacimiento del nuevo clima histórico barroco no es producto de la sátira culta e ingeniosa de Quevedo, sino tópico conocido en la época, el jurista Castillo de Bobadilla, (*Político para Corregidores*, Madrid, 1775, p. 356) afirma: "No dudo que si Séneca alcanzara estos tiempos, no loara tanto nuestra nación de la templanza en el beber, porque viera por las calles y por las casas más borrachos que nunca hubo en ella".

Las profecías bíblicas se habían cumplido en las hazañas de los españoles del siglo XVI y las líneas del mapa religioso de Europa se predicaban en el púlpito. Fray Alonso de la Cruz decía: "Ya amigos, vimos las banderas de la Fe en toda Grecia, en Alemania, Francia, Inglaterra; ya ahora la van estrechando los enemigos a este pedazo de tierra de España"; y Fray Diego de la Vega concluía: "Veo vuestra vestidura despedazada de mano de gente violenta y tirana: un pedazo han llevado en Alemania, otro en Inglaterra, otro en Flandes y otro en Francia". Sin embargo el odio extranjero hacía burla de su afán dominador. Es esta envidia europea a la que alude Lope de Vega (*El desdichado por la honra*, Rivadeneyra, XXXVIII, p. 166), cuando relata que "las voces de la cuestión fueron tantas que, acudiendo la justicia, se libró Felisardo de aquel peligro que el vulgo amenaza a los españoles en toda Europa", y la que Vicente Espinel convierte en desengaño cuando escribe: "Por la misma razón que pensamos ser señores del mundo, somos aborrecidos de todos", (*Marcos de Obregón*, Clásicos castellanos, L. p. 142); y Mateo Alemán reprocha diciendo: "Si eres, por ventura, español, dondequiera que llegues has de ser mal recibido, aunque te hagan buena cara, que aquella ventaja les hacemos a todas las naciones del mundo: ser aborrecidos en todas y de todas; cuya sea la culpa, yo no lo sé", (*Guzmán de Alfarache*, Rivadeneyra, III, 294 b.).

Este sentimiento de “ser el no ser” se convierte, a través de un lento y doloroso proceso, en la semilla barroca que crece entre los hombres de armas. Para ellos la literatura es semejante a la pintura, es una “imitación diligentísima”, cuya alabanza consiste en que semejan las líneas, los colores, los actos y hasta las posiciones internas del objeto pintado, pero “sin pretender que la ficción se estime por verdad”. Son soldados sin sueldo y escritores en busca de un favor. Son lo que no son. Así los condena el libro de las Cortes de Castilla (Tomo I, p. 360) cuando dispone que “Otro sí, porque los officios de letras muchas vezes se proveen en personas que vienen a esta corte, en los favores que buscan, y visitando a los presidentes y acompañándolos sin saber que tengan otros méritos ni calidades, suplicamos a Vuestra Majestad que á los tales no se provean los officios”. Y así, emergiendo de la sombra, buscan hazañas trastocadas por la necesidad y “servicios que ha hecho a Dios primeramente y a su Majestad y a toda la cristiandad, y muchas gracias y loores doy a nuestro Señor Jesucristo, que me ha escadado para que agora tan claramente lo escriba” (Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de los sucesos de la Conquista de la Nueva España*, II, p. 317).

Viven, en la narración de sus aventuras, lo extraordinario. Los contactos humanos y las peripecias más diversas se describen en lengua popular. Violentan la sintaxis para adaptarla a su descripción desordenada. El empleo de la lengua hablada en su relato escrito está cargado de expresiones familiares, giros populares, refranes y proverbios. Sus lecturas son las de sus contemporáneos: las historias de la antigüedad, las novelas de caballería, las crónicas, etc. La abundancia de italianismos en contextos sólo refleja las largas estancias de los soldados españoles en Italia. Su carácter violento e irascible crea frases brutales y directas. Sus relatos son insensibles cuando describen las grotescas muertes y heridas de sus adversarios y están llenos de emoción cuando hablan de sus amigos y de sus aliados.

Por ejemplo, Alonso de Contreras describe, con dramático realismo, que un artillero holandés se puso a cargar una pieza a descubierto, y le tiraron con otra, de manera que le dio en medio de la cabeza, que se hizo añicos, rociando con los sesos a los cercanos y con un hueso de la cabeza le dio a un marinero en las narices, que de nacimiento las tenía tuertas, y después de cerrado quedaron las narices tan derechas como las mías, con una señal de la herida (“Vida del capitán Alonso de Contreras” en *Autobiografías de soldados*, BAE, XC, 1956, p. 83).

La influencia del rigor militar se descubre en la autorregularización de su lengua marcando siempre, en su discurso, la jerarquía de su interlocutor. El rango superior recibe un tono respetuoso, los jefes un trato simple, los iguales una lengua familiar que a veces se hace vulgar, y con los civiles de rango inferior, se permiten gran libertad, sobre todo con las prostitutas a las que tratan con desprecio y cinismo.

Don Diego Duque de Estrada se dirige al Corregidor en este tono: “Yo obedeceré a Su Majestad y guardaré justicia, y vuestra merced a mí el respeto que se me debe” (BAE, XC, 1956, p. 285); y la lengua coloquial fluye en el diálogo con

su compañero de galeras “¿Por qué no te vas? Y él me respondía: no tengo dinero. No me fiaba de él por ser confidente del alcaide, creyendo ser echadizo; pero viéndome en este extremo, le dije: Y bien, ¿Cuándo nos vamos?” (BAE, XC, 1956, p. 288). Mientras que, Miguel de Castro al describir el asalto: “cuando me avide del engaño, en medio de los cuatro, a veinte pasos y que venían hacia mí con una pistola o tercerola cada uno, y diciendo: ¡Xende, marrano, marriolo, ca te vallo amacar!, y encarando las tercerolas.” (BAE, XC, 1956, p. 497), señala en cursivas la lengua vulgar de su personaje.

Con esta autorregulación del discurso los narradores-soldados intentan retratar a los personajes con conjuros que van desde “vuestra merced” hasta “marrano”. Las autobiografías de soldados se convierten así, en el espectáculo del drama. Son obras toscas que no llegan al fondo interno de la historia pero que permiten estudiar el funcionamiento del barroco.

La locura del texto se desborda en razonamientos que pierden su evolución lógica. Todo es consecuencia de un desbordamiento espontáneo de la expresión. Esta lengua sincera, franca hasta la brutalidad, dinámica, está marcada por la abundancia de verbos que le da un ritmo galopante e irregular al texto. Buscan lo extremo, lo maravilloso, lo extraordinario, a través de la espontaneidad y la naturalidad del relato. En la contradicción a este vértice radica su valor literario: la agonía barroca del ser exuberante que “no es”. El narrador de estas autobiografías es antagónico a lo que “debe ser”, y por su texto desfilan: la virtud perseguida, la necedad del poderoso alabada, el mundo al revés y el desengaño.

Las autobiografías de soldados pretenden narrar aventuras grandiosas de seres maravillosos para obtener favores y recompensas. Sin embargo su lectura deja cuestionamientos. ¿Son obras de autodefensa, de justificación o de revancha? ¿Todos reflejan un sentimiento de autocomplacencia, de angustia y desesperanza? El hombre aislado, que al final hace un balance de España y de su vida, pone en tela de juicio la compleja administración española y señala su decadencia. El pillaje sustituye al honor y la cobardía al valor. Este soldado fantasma, sin patriotismo ni ideal, va “a esta guerra —dice el Estebanillo— tan neutral que no me metía en dibujos, ni trataba otra cosa sino de henchir mi barriga siendo mi ballestera el fogón, mi cuchara mi pica y mi cañón de crujía mi reverenda olla”, (Estebanillo González, *Clásicos Castellanos*, I, p. 155). Este fenómeno estaba tan extendido que una canción popular de la época decía:

“A mi necedad
La guerra me lleva
Si tuviera dineros,
no fuera en verdad”.

(Deleito y Piñuela, *El declinar de la Monarquía Española*, p. 192).

Si el barroco se apega al mundo es por que se sabe arrastrado en él y teme la catástrofe final. De este conocimiento del mundo da cuenta el libro de las Cortes de Castilla pues al tenor siguiente se lee: “Señor: El Reyno dize que otras

muchas veces que ha estado junto, ha suplicado a Vuestra majestad mande consignar la paga de la gente de guarda de Castilla, así para que esté en el orden que conviene para su servicio, como para, que cesen los daños que causan en los lugares donde se suelen alojar” (*Libro de las Cortes de Castilla*, Tomo VIII, p. 287-288). Y, este “soldado no soldado” decía que: “Por coger ciertos reales que daban con que se engañaban muchos bobos, senté plaza de soldado”, (*Estebanillo*, p. 236), reclutaba gente para su compañía a cambio de dineros que ofrecía el capitán y cometía excesos en las villas donde se alojaba.

Y bien, si la vida humana es efímera porque está encadenada a un destino catastrófico, se justifica la estabilización de este mundo anárquico con personajes cínicos que buscan premios y, sin recato, narran que “fuimos a guarnición a la villa de Roman de donde a costa de los patronos comíamos a dos carillos y pedíamos a discreción, y había libertad de conciencia, siendo rey chico Juan Soldado” (*Estebanillo*, p. 215). La exuberancia del texto desborda la referencia del contexto y se pierde el hilo delicado que limita la realidad y la literatura, la ficción y la verdad. La vida se hace novela y la novela vida sin encontrar los límites que las separan. Las autobiografías de soldados son el punto de partida, del “ser no ser” como objetivo de un mundo barroco pleno de excesos que por su abundancia se desbordan y confunden en la concepción de un mundo que busca su propia salvación: el espectáculo dentro del espectáculo, el juego de la ficción en la realidad.